

**CONFERENCIA INAUGURAL DE LA XV EDICIÓN DE LOS CURSOS DE  
VERANO DE LA UNIVERSIDAD DE BURGOS**

**“LOS CAMINOS A SANTIAGO POR CASTILLA Y LEÓN”**

Burgos, 6 de Julio de 2010

Señor Rector. Queridas amigas y queridos amigos.

Permitidme para comenzar un agradecimiento y una disculpa.

Gracias al Rector de la Universidad de Burgos, Profesor Alfonso Murillo, por la amable invitación que me ha hecho para participar en este acto de inauguración de los Cursos de Verano de la Universidad. Es un honor para mi compartir con todos vosotros el inicio de un tiempo universitario tan especial, destinado al encuentro, al conocimiento y a la reflexión, desde las más distintas perspectivas, sobre cuestiones y problemas de gran importancia y notable actualidad.

Los cursos de verano cuentan ya con una larga tradición en la Universidad española. La de Burgos celebra este año su XV edición, con un amplio programa de 25 cursos, que además de en este Campus burgalés, van a desarrollarse también en otras siete localidades de nuestra amplia Provincia. Se va a llevar así a todos los rincones de la misma la oportunidad de expresar y debatir valiosas opiniones en las áreas de las artes y las humanidades, de las ciencias sociales y la economía, de la salud, la tecnología y el medio ambiente. Por todo ello, gracias y enhorabuena. Deseo el máximo éxito y provecho a profesores, ponentes y alumnos.

Esta intervención inicial se presenta, nada más y nada menos, que como una “Conferencia inaugural”. Pido disculpas por ese exceso y pretensión, para los que sin duda no me asiste ni título ni autoridad académica singular. También es verdad que, al menos, hemos evitado presentarla como una “Lección magistral”, pues uno hace ya tiempo que procura resistirse a la tentación de dar lecciones a nadie. Menos aún en un ámbito académico como éste, donde por el contrario hay que venir a recibirlas. Y menos aún en una cuestión como la que hoy me trae aquí, en la que lo esencial para mi es el sentimiento, la pasión y la libertad de cada uno.

En efecto, el tema elegido para esta intervención ha sido el de “Los Caminos a Santiago por Castilla y León”. Un tema sin duda muy oportuno en un Año Santo como el que estamos viviendo. Y para un lugar de tanta solera y recuerdos jacobeos como el que conforman este Hospital del Rey, considerado el más importante de los 32 con los que llegó a contar Burgos, y su vecina ermita de San Amaro, cementerio de peregrinos extranjeros.

Un tema también oportuno en el marco de unos cursos de verano en los que, con la profundidad del saber y la experiencia, se va a abordar doblemente la cuestión del Camino de Santiago: desde su rica vertiente histórica y patrimonial, y también desde el papel específico que en el Camino desempeñó la Orden Hospitalaria de San Antón.

El Camino de Santiago tiene para mí, ante todo, un sentido y un significado personal. Ese testimonio quiere ser mi principal aportación esta mañana, que completaré también como es lógico con una perspectiva más institucional y de gobierno. Para todo ello voy a tomar prestados algunos luminosos textos que nuestros escritores Premios de las Letras nos han dejado en torno a la condición de Castilla y León como territorio jacobeo. Gracias a ellos por tan bellas y exactas citas.

Amigos peregrinos me iniciaron en el Camino. Y con la intensidad del converso, siento y pienso en peregrino. Me considero un peregrino común, como los miles y miles que llevan el Camino en su corazón y se acercan a él cuando pueden. He andado muchos tramos de los varios Caminos, compartiendo senda, mesa y posada con personas de muy diversa condición. He sido testigo directo de esa atracción que el Camino sigue ejerciendo hoy sobre tantos y tantos, y que impulsa a recorrerlo por tan distintas razones y desde tan diferentes convicciones.

Quizás una explicación de esa fuerte atracción sea la de que hoy muchos buscamos el reencuentro con el mundo del espíritu para aliviar desengaños, esperanzas rotas o ilusiones perdidas. Creo que siempre la fe y la esperanza acompañan a los peregrinos a Compostela. Y que, día a día, el hombre que se siente “en Camino” experimenta en su interior una de las vivencias más ricas en valores. Tener fe en uno mismo, y con esa fe adquirir esperanza. Considero que todo peregrino sabe que no hay camino sin meta, ni meta sin encuentro.

El Camino es como la vida misma. Podría incluso decirse que es la vida misma. Es un itinerario lleno de diferencias, donde se aprende que lo distinto no separa, sino que enriquece. Espíritu, sentimientos y sensaciones se dan la mano en el Camino para demostrarnos hasta qué punto nos hemos complicado innecesariamente la vida. Y cuanta importancia tiene la búsqueda de lo auténtico, el sentido del equilibrio y del límite, la capacidad siempre despierta a la sorpresa, y el sentimiento de la hermandad.

Por ello, no resulta nada extraño que el Cronista **Aymeric Picaud**, autor del Codex Calixtinus, la primera guía del Camino, dijera ya en el siglo XII que **“todos los que a Santiago llegan tristes, pronto se vuelven alegres, como poseídos por una fuerza que brotase directamente de su interior”**.

El interior es fundamental en quien camina. Y es que el Camino es una vivencia muy rica en valores. Extraordinariamente sencilla de conocer, por su cercanía y naturalidad. Radical en su manera de ayudarnos a pisar el suelo y a

mirar el cielo. Y sobre todo es una experiencia individual, personal e intranferible, por muchos peregrinos que encuentres o caminen junto a ti.

El irlandés **Walter Starkie** dejó escrito, en su precioso libro de viajes “El Camino de Santiago”, que: **“El peregrino a Compostela, si lo es a conciencia y trata de reunir sus recuerdos, lleva a cabo siempre un doble tránsito: el viaje hacia atrás, por el tiempo, y el viaje hacia adelante, por el espacio”**.

Es cierto, pero incompleto. Creo que además, e incluso antes, del camino que es historia y cultura, y del camino que es territorio físico, en cada peregrino hay un camino interior, un viaje hacia adentro en busca de razones, sentidos y respuestas. Es el viaje interior que transforma El camino en Tu camino. Y que, desde mi punto de vista, es la primera causa que nos obliga a utilizar el plural para referirnos a “Los Caminos a Santiago”.

En efecto, hay tantos caminos como peregrinos. Es el andar de cada caminante el que al fin hace su propio camino, según recrean los bellos versos de Antonio Machado. Y por eso, si a Santiago conducen todos los caminos, es porque los han andado muchos caminantes, muchos peregrinos, a lo largo de la historia.

En una conferencia titulada, no por casualidad, “El viaje como búsqueda”, **Carmen Martín Gaité** reproduce una cita del norteamericano John Steinbeck que resume perfectamente lo que he querido expresar: **“Un viaje es como una persona en si mismo. No hay dos iguales. Y son inútiles las previsiones, los proyectos o las rutas organizadas. Al cabo de años de empecinamiento, hemos llegado a la conclusión de que no elegimos un viaje, es él quien nos elige a nosotros”**.

Lo que podríamos completar con **Gonzalo Santonja** cuando afirma: **“Durante siglos y siglos, los hombres, extraviados en la mitad del camino de su vida, abrazaron la rosa de los vientos del Camino de Santiago para encontrarse. Siglos y siglos, desde que el hombre es hombre, desde la noche más remota de nuestros tiempos”**.

Además de esta primera esencia radicalmente interior que el Camino tiene, no pueden desconocerse tampoco en él otras dimensiones personales más externas o compartidas, que también le convierten en una realidad plural sumamente atractiva. Me refiero por ejemplo a su deslumbrante y gratuita capacidad de sorprender, y al sentido de hermandad que tanto ilumina y facilita el hecho jacobeo.

En el Camino hay que ser y estar atento a cuantas cosas se te ofrecen inesperadamente. Por supuesto a lo previsible, a lo que figura en las guías y en los libros de viajes, a lo que te adelanta el boca a boca de otros peregrinos. Pero a lo imprevisible también. Abandonar el escéptico desdén de lo ya visto, y dejarse llevar por una infinita capacidad de sorpresa, especialmente para las cosas y detalles aparentemente más pequeños y menores.

En relación a la experiencia jacobea que tuvo en una tan pequeña como representativa población de nuestro querido Camino Francés, Calzadilla de la Cueva, escribe el propio **Santonja**: **“Así se muestra el Camino: excesivo. Un pueblo, en apariencia de interés contenido, revela la memoria de las edades a través de la literatura y nos ofrece el lujo de la intrahistoria. Una obra de arte insólita, relegada en las guías al uso, se presta al deleite y la meditación. No hay jornada en barbecho ni visita sin premio. Ya digo, así se muestra el Camino: excesivo e inagotable, nuevo siempre. Nuevo y confortador”**.

Y junto a la sorpresa, la hermandad. Felizmente viva en la vieja tradición de la hospitalidad, y en la acogida de tantos albergues. En el esfuerzo de cofradías, asociaciones y voluntarios. En el sentido mismo de la flecha amarilla que te lleva a Compostela. Y siempre en el espíritu del peregrino.

Un fragmento de “La luz en la cara” de **José Ángel González Sainz** expresa muy bien ese sentido de hermandad del Camino. Cuando la peregrina solitaria dice: **“Aquí, en el camino, el interlocutor no lo buscas, está ahí si lo precisas y ya lo has encontrado. Te sientas en una piedra, a la sombra de algún chopo si hace horas que no ves a nadie o no te encuentras bien, y alguien pasa a pie y por lo tanto se detiene y por lo tanto habla y escucha por lo tanto sin necesidad de nada más. ¿Le parece poco? ¿Dónde se encuentra hoy todo eso? Que alguien se detenga a escucharte, que alguien se haga cargo y te eche una mano porque sí, sin esperar nada a cambio ni preguntarte quién eres y qué querrás. Que alguien que como tú no tiene en ese momento más casa que lo que lleva en la mochila ni más proyecto que caminar al día siguiente o bien descansar, mirar, recordar, decida compartirlo todo porque sí de pronto contigo. Te ayudan, te ayudas, te ayuda lo que no sabías que tuvieses dentro y te ayuda el paisaje, caminar en este paisaje infinito, .....a encontrar e iluminar la parte más desnuda, más elemental, más desprovista de ti misma, más frágil pero a la vez más acreedora de fuerza, la parte que es más propensa a tener que ver con lo que es eterno y con lo que de veras importa...”**

Pero el Camino no sólo da respuestas a las aspiraciones o los sentimientos individuales. También ha contribuido a la fraternidad entre personas y pueblos, como un lazo que iba atando siglo a siglo a gentes muy diversas.

Esto es algo que se hace muy presente en Castilla y León, la Comunidad española que mayor trayecto acoge de todas las rutas que conducen hasta Compostela. Son en plural los Caminos a Santiago en Castilla y León, un territorio a través del cual todos los trayectos procedentes de las tierras del País Vasco, Navarra, La Rioja o Aragón, pero también de Extremadura o Madrid, se anudan y se preparan para adentrarse en Galicia.

Un Camino clave también para vincularnos de una manera muy directa a esa Europa de la que hoy formamos parte, y que refleja en tantos símbolos

artísticos y patrimoniales ese espíritu que nos identifica a todos, desde una herencia espiritual y cultural común.

Viniendo de la profunda Europa, desde Redecilla hasta Laguna de Castilla; llegando desde el sur, a través de la milenaria Ruta de la Plata; o siguiendo el Camino de Madrid, por tierras de pinares y de campos, Castilla y León se empapa de historia y de pasos peregrinos que la han recorrido durante siglos. Pasos que han dejado imperecederas huellas, expresadas en monumentales edificios civiles y religiosos, espléndidas obras de arte, ritos y solemnidades de cuño antiguo, y cantos y danzas de sorprendente belleza, unidos a una tradición jacobea que ha recobrado una extraordinaria vitalidad en nuestros días

Señor Rector. Queridas amigas y queridos amigos.

Esa amplitud, complejidad y actualidad de nuestra realidad jacobea exigía una acción decidida por parte de la Comunidad Autónoma, que se formalizó en la Estrategia de los Caminos a Santiago por Castilla y León, sin duda una de las principales novedades con las que nuestra tierra se ha presentado ante este nuevo Año Jacobeo, a diferencia de ediciones anteriores.

Esa Estrategia pretende ser la respuesta a una demanda social, económica y cultural desde una perspectiva regional, activa e integrada del fenómeno jacobeo.

El crecimiento en los últimos años recomienda acciones cada vez más concertadas aplicadas de forma flexible y adaptadas a las necesidades de los Caminos.

La Estrategia se convierte así en una plataforma para el análisis, el diagnóstico y la planificación de los Caminos a Santiago en nuestra Región. A través de un intenso proceso de participación y concertación, permite avanzar en la definición de un modo de entender, proteger y valorar los Caminos y en una oportunidad para su difusión y conocimiento.

Con la vista puesta al mismo tiempo en la población del territorio jacobeo y en los peregrinos, se plantean tres objetivos fundamentales: en primer lugar, mejorar las condiciones de los Caminos y sus dotaciones (paisajes, equipamientos, infraestructuras y servicios); en segundo lugar, preservar, proteger y potenciar los valores asociados al peregrinaje; y en tercer lugar, aprovechar los recursos existentes en torno a los Caminos como ejes de ordenación y de poblamiento, y como motor de un desarrollo rural y sostenible de la Comunidad.

Atendiendo a los criterios de su valor patrimonial y de potencial de desarrollo, la Estrategia asume por primera vez la multiplicidad de los Caminos a Santiago por Castilla y León, estableciendo tres tipologías de los mismos: el

denominado Camino Francés, los Caminos Históricos, y los Caminos Tradicionales.

En primer lugar, el Camino de Santiago común y universalmente llamado “Camino Francés”. Arranca en la localidad navarra de Roncesvalles (o en Somport en su versión aragonesa) y llega hasta Santiago de Compostela. La mitad de su recorrido, casi 400 kilómetros, transcurre por las provincias de Burgos, Palencia y León. Constituye la ruta principal asociada a la peregrinación, y su trazado histórico y artístico, y sus valores culturales, han alcanzado el grado más alto de reconocimiento y protección. Es el Primer Itinerario Cultural Europeo, y es también Patrimonio de la Humanidad.

San Juan de Ortega, Castrojeriz, Villalcázar, Carrión, Sahagún, y las rutas maragatas y bercianas son algunos de sus enclaves, que estarán ya para siempre en el corazón del peregrino.

Y entre ellos, Frómista como principal. En el corazón del Camino. Con su pequeña joya románica de San Martín. Y con ese simbólico cruce de caminos, tan felizmente interpretado por la prosa de **Raúl Guerra Garrido**, en unas líneas que no me resisto a repetir: **“Aquí, en Frómista, se cruzan el Canal de Castilla y el Camino de Santiago, la más grande epopeya cívica y la más arriesgada apuesta espiritual, dos programas de la lucha por la vida que raramente coinciden en la historia de España. Difíciles de compartir pero no radicalmente incompatibles. El punto resultante de su formidable cruce algún enigmático estímulo ha de contener. Está escrito en el aire, intuyes. Piensas que su circunstancia es excepcional y que no debería ser desaprovechada. Y que todos los españoles, al menos una vez en su vida, deberían peregrinar a la mecanografía aérea de Frómista, para meditar sobre tal coincidencia; en particular los dedicados a la cosa pública”**.

En segundo lugar, y con la terminología de Caminos Históricos a Santiago, se incluyen otros Caminos que tienen probado interés histórico o artístico, y una clara adscripción a la peregrinación jacobea, cuyos valores se complementan además por su carácter de rutas tradicionales del comercio o del transporte en nuestra Región, que han añadido nuevas lecturas y valores a su carácter jacobeo, lo que acrecienta su interés cultural, turístico y medioambiental. Con más de 900 kilómetros, comprenden la Vía de la Plata, el Camino Portugués de la Vía de la Plata, el Camino Mozárabe – Sanabrés, el Camino de Bayona, el Camino Vadiniense, el Camino del Salvador y el Camino de Besaya.

Por su singularidad quiero destacar la Vía de la Plata, que en Castilla y León penetra por la Sierra de Béjar, en Salamanca, y pasa por Zamora hasta desembocar en Astorga, integrándose en el Camino Francés. Su origen se encuentra en la calzada romana del mismo nombre, construida entre los siglos II y I a.C. para unir las poblaciones de Emérita Augusta, actual Mérida, y Asturica Augusta, actual Astorga.

A él se refiere **Luciano González Egido** de la siguiente manera: **“Salamanca también está en el Camino de Santiago. No estelar, ni tan conocido, ni tan transitado, ni tan europeo, ni tan internacional, como el otro camino de las antologías, de las citas obligadas y de las referencias universales. Pero era tan camino como el otro y rendía viaje en el mismo destino. Sus peregrinos procedían del Sur, de un sur ajeno y olvidado en manos de los árabes, de un sur enemigo, durante los siglos del esplendor ecuménico del camino del norte, los siglos XI, XII y XIII. Venían desde las tierras calientes del mediodía, de la fiebre africana del sol canicular, desde los espacios abiertos de unos horizontes infinitos, con tentación de desierto. Casi todos debían ser mozárabes, en los primeros tiempos, en los tiempos difíciles, cuando ser cristiano era un riesgo en territorio prohibido..... Los peregrinos del Sur subían, cuando la guerra les dejaba sitio, por la vieja ruta de la Vía romana de la Plata. Después de una Extremadura cálida, casi sureña, se irían metiendo en la llanura salmantina, que inauguraría el frío sobre sus pieles desacostumbradas a la agresión de una meseta inmensa, como una boca abierta a todos los vientos, incluidos los siberianos, a los amaneceres brumosos y a los tristes crepúsculos hirientes y mordaces”**.

Y finalmente, en tercer lugar, se incluyen los Caminos Tradicionales a Santiago, que recorren más de 780 kilómetros por Castilla y León, y cuya tradición en el peregrinaje se refuerza con funciones complementarias, que les dotan de un gran potencial como ejes estructurantes de la Región. Se integran en esta tipología, el Camino de Levante – Sureste; el Camino de la Lana; el Camino Real de Invierno; y el Camino de Madrid que, con restos de calzada romana, cruza las tierras de pinares y de campos, por Segovia y Valladolid, hasta desembocar, junto a la Virgen Peregrina de Sahagún, ya en el Camino Francés.

Sobre este Camino de Madrid, ha escrito **Gustavo Martín Garzo**: **“Todo tiene su tiempo bajo el sol, se dice en el célebre pasaje del Eclesiastés: ‘Hay un tiempo de nacer y un tiempo de morir. Un tiempo de plantar y un tiempo de arrancar lo plantado. Un tiempo de llorar y un tiempo de reír. Un tiempo de abrazarse y un tiempo de separarse. Un tiempo de buscar y un tiempo de perder’**. También hay un tiempo para permanecer en los lugares en que nacemos, y otro para abandonarlos. Y los castellanos sintieron muchas veces, a lo largo de la historia, que había llegado el tiempo de dejar sus casas atrás y partir en busca de nuevas razones para seguir viviendo. Y dejaron atrás familias y pueblos y se pusieron en camino hacia Santiago, donde esperaban obtener las gracias y venturas que no hallaban en sus tierras. Y el ir y venir de esos peregrinos fue trazando un nuevo camino que, partiendo de Madrid y siguiendo el trazado de viejas calzadas romanas, atravesaba las provincias de Segovia, Valladolid y León hasta unirse en Sahagún con el camino de Roncesvalles, que une Santiago con Europa. Un camino que, muchos años después, recorrerían los segadores gallegos en sentido inverso, buscando en los campos castellanos el duro trabajo de la siega. ....(En la actualidad) cada vez son más los que lo recorren, hasta el punto que

**bien pudiera decirse que pocas veces, a lo largo de su dilatada historia, dicho camino ha estado más vivo que hoy”.**

Además de una cita cultural de primer orden, este Año Jacobeo constituye también una oportunidad de proyección de los territorios por los que transcurren los caminos.

Y es que el Camino de Santiago es percibido y sentido por cada peregrino de forma unitaria y continua, por lo que resulta necesario ofrecer una imagen cada vez más integral, y programar actuaciones coordinadas por las Comunidades por donde discurre el Camino.

Por ello, y desde el principio de “autonomismo útil y cooperativo” que Castilla y León defiende, a lo largo de este año 2010 hemos suscrito dos Declaraciones Institucionales con la Comunidad de Madrid y con Extremadura para la promoción de los Caminos. Y también un novedoso Convenio de Colaboración con Aragón, Navarra, La Rioja y Galicia, para la coordinación de actuaciones en materia de mantenimiento, conservación, y promoción del Camino Francés.

Ese Convenio nos está permitiendo ya coordinar nuestros planes para la asistencia sanitaria y la atención y seguridad del peregrino.

Y sobre todo, como otra de las principales novedades de este Año Jubilar, nos está animando a impulsar el programa **Camino de Estrellas**, por primera vez a lo largo de todo el recorrido del Camino de Santiago Francés, con una imagen común, elementos promocionales comunes y actividades coordinadas y homogéneas.

Destacan sobre todo en ese Programa tres actuaciones. La primera es el Proyecto **Hitos del Camino**, que supone la intervención en 25 de los monumentos de más profunda significación jacobea, con el objetivo de su conservación, restauración y especial difusión de sus valores patrimoniales. Entre ellos se encuentran, dentro de los 9 en Castilla y León, el Monasterio de San Juan de Ortega y la Iglesia de San Nicolás de Bari, en Burgos. La segunda actuación está consistiendo en el programa Patrimonio Jacobeo Abierto, que está permitiendo la apertura diaria, a disposición de peregrinos y visitantes, de más de 200 monumentos a lo largo de todo el Camino Francés, homogeneizando actuaciones entre las Comunidades. Y la tercera actuación se concreta en un programa de **Peregrinaje Musical**, que está propiciando el intercambio y la itinerancia de conciertos musicales por los grandes conjuntos sinfónicos de nuestras Comunidades.

Los Caminos de Santiago son también un escenario adecuado para proyectar la idea de la corresponsabilidad de todos respecto de un patrimonio que es de todos y para todos. Por ello, es justo reconocer y agradecer el protagonismo y la labor de defensa y promoción que vienen realizando las Corporaciones Locales de Castilla y León, tanto nuestras Diputaciones



Provinciales, como los pequeños y grandes municipios por los que atraviesa el Camino.

Es necesario recordar a los “activistas” que lideran el hoy y el mañana de todos nuestros Caminos: a ese hospitalero del Camino Francés, a ese cura de la dehesa salmantina, a ese alcalde de la Tierra de Campos.

Es preciso agradecer a las Asociaciones ligadas al Camino de Santiago su labor de movilización y asistencia material al peregrino, que además de ser siempre importante es imprescindible en este año.

Hay que citar también a las Diócesis de Castilla y León que, más allá del auxilio espiritual, cuidan un patrimonio monumental de primer orden y profundamente ligado a la idea del Camino.

No podemos olvidar a los cientos de voluntarios que en estos meses están ayudando a los miles de peregrinos que atraviesan nuestras tierras.

Y es también ejemplar el esfuerzo de algunas empresas privadas que, cada vez con mayor intensidad dentro de su responsabilidad social corporativa, se están comprometiendo en una labor de mecenazgo en este Patrimonio de todos.

Por los Caminos de Santiago ha transcurrido gran parte de la historia de Castilla y León, de España y de Europa. Este recorrido es algo más que una mera senda, forma parte del acervo cultural y espiritual de nuestro territorio. Constituye una seña de identidad clara de una región que comenzó a construirse en el Camino, y que ha hecho precisamente de los valores de acogida, hospitalidad, trascendencia y universalidad su idiosincrasia como pueblo. Son, sin duda, valores que perviven en el siglo XXI.

Como decía el poeta, hemos de desear que el camino sea largo, que sean muchas las mañanas que caminemos, y que lleguemos al final ricos por todas las ganancias del viaje.

La experiencia del peregrino, y es éste un buen mensaje en estos difíciles tiempos, es ante todo una experiencia de confianza en nuestras propias fuerzas, saca a la luz lo mejor de todos nosotros, nos hace esencialmente mejores, nos prueba nuestra capacidad de seguir adelante y de llegar a nuestro destino. En ella prima la tenacidad, el esfuerzo, el compañerismo, la solidaridad, el sufrimiento, la capacidad de aguantar y de ayudar, de pensar en un objetivo común y en quien nos acompaña día a día. Quien ha hecho el Camino sabe que esto es así. Lo siente como propio.

Muchas gracias.